

EL TREN DE LA VICTORIA



Osvaldo Puccio Gilson

Secretario particular de Salvador Allende. Pasaje de su libro Un cuarto de siglo con Allende, 1985.

Una noche, cuando yo estaba terminando de cenar, llegaron Salomón y el doctor a mi casa. "Nosotros queremos pedirle una cosa que, creemos, es muy importante", dijo Allende. "Se trata de una gira en tren, que queremos llamar "El tren de la Victoria", como parte de la campaña para la candidatura presidencial, en agosto de 1958".

Salomón explicó el proyecto en pocas palabras: "Queremos hacer una gira de Santiago a Puerto Montt, ida y vuelta. Antes de conversar con Salvador, hablé ya con ferrocarriles y tengo, en principio, un tren reservado".

La gira debería partir en cinco días más y tendría una duración de 20 días. A mí se me encargó contratar el tren, organizar las concentraciones, ponerme en contacto con los comandos locales, movilizar la gente. En buenas cuentas, preparar toda la acción. Les pregunté si no podríamos programar que la gira fuera en 20 días más y por cinco días. Empezamos a discutir y concluimos que Allende no podía darse el lujo de gastar tanto tiempo, estando tan cerca de la elección. Por eso la redujimos a 10 días.

A la mañana siguiente, me fui muy temprano a Ferrocarriles. Ahí me encontré con un compañero que, en el gobierno nuestro, sería subdirector de ese servicio. Entonces, era presidente de la Confederación ferroviaria, militante del Partido Socialista, un buen compañero, como hecho para este proyecto. Entendía mucho de los difíciles problemas de la coordinación de ferrocarriles.

Elaborar el programa fue un trabajo duro. El hombre de ferrocarriles ponía toda la parte práctica y técnica; yo me hice cargo de la parte política. Primero vimos la importancia de los pueblos y su ubicación respecto a la red ferroviaria de Chile. Teníamos que entrar en varios ramales y líneas principales. En total, nos resultaron 136 lugares donde queríamos parar el tren. Desde el punto de vista político, esta gira tenía una importancia muy grande. Era la primera en que participaba el compañero Luis Corvalán, como Secretario General del Partido Comunista en la legalidad. El PC acababa de entrar nuevamente a la legalidad.

Los ferroviarios aman mucho su trabajo y le dan un sabor especial a ciertas cosas. Por entonces, ya estaba electrificado un tramo de la línea del tren y, además de locomotoras eléctricas, había locomotoras Diesel. Pero los ferroviarios insistieron en que teníamos que ir con una locomotora a carbón, porque sólo ésas eran realmente el "tren". Buscaron una locomotora vieja muy hermosa, la pintaron de negro y la dejaron como nueva. Pusieron adelante un escudo de Chile, y a un lado, un letrero que decía "Tren de la Victoria", y al otro lado, uno con la consigna "A todo vapor con Salvador".

El día de la salida, nos embarcamos en el tren alrededor de las 9 horas. En la estación se veía un acostumbrado ambiente de viaje. Fui a ver al conductor y

me di cuenta de que no era el mismo con el que yo había acordado todo. La noche antes, por disposición de la dirección de ferrocarriles, habían cambiado al conductor, igual que al jefe del coche comedor. Los dos hombres que inicialmente debían viajar con nosotros, eran militantes de nuestro Frente de Acción Popular. Ahora habían puesto dos personas que eran contrarias a la campaña nuestra. El conductor me dijo hoscamente que había recibido la misión de conducir el "Tren de la Victoria", que tenía el horario que nosotros habíamos fijado y que iba a ser estricto en hacer cumplir los reglamentos de la dirección de ferrocarriles. Entre las disposiciones estaba también que no se podían hacer mítines en las estaciones. Iba con una serie de instrucciones de este tipo. Si el hombre quería hacerlas cumplir todas, nos podía crear serios problemas. Preferí no enfrentarlo y ganarlo durante el desarrollo de la gira.

Después me fui a hablar con el jefe del coche comedor. Era un socialdemócrata de derecha. De partida declaró que no estaba con la candidatura de Allende. Con mucha prepotencia me dio a entender que sólo él iba a mandar en el coche comedor y que no iba a aceptar a ningún otro. Además había cambiado todo el personal del carro. Dijo que todos eran de su absoluta confianza.

Esto creó nuevos problemas. Yo tenía una limitada



Miñ en campaña: habla Allende; Nenida en el escenario.



cantidad de dinero a disposición y por eso había llegado antes a un acuerdo con el personal de cocina que eran, casi todos, compañeros nuestros. Queríamos hacer sólo algunas compras extras, mientras que ellos cocinaban como voluntarios para abaratar toda la gira. Incluso, hacerla posible siquiera, pues en total era sumamente cara. Salomón sólo me pudo decir que, a pesar de las dificultades imprevistas, debía arreglarme con los 150,000 pesos (aproximadamente 150 dólares) que él me había entregado.

San Bernardo iba a ser la primera estación de parada. Queríamos detener el tren frente a la Maestranza, que es la más grande de Chile. Pero no habíamos salido de la estación virtualmente, estábamos todavía dentro del ámbito ferroviario que rodea la estación central de Santiago, cuando llegaron obreros corriendo. Tenían sus herramientas en las manos y las agitaban. El tren iba muy lento, tocando la sirena de la locomotora. Los obreros gritaron: ¡Allende, Allende, Allende! El doctor les tomó las manos a los obreros. Seguíamos viajando, a través de la ciudad, pasando detrás del matadero Lo Bellador. En todas partes saludaba la gente y gritaba ensordecedoramente: ¡Allende! Y en todas partes se acercaban también los niños al tren. Nosotros empezamos a preocuparnos porque podría producirse un accidente, pues se perdía la noción del peligro. Iban corriendo junto al tren, saltaban con el afán de tomar la mano al compañero Allende. Y todo esto entre un sonar de pitos de la locomotora. Por los parlantes íbamos tocando la canción de nuestra campaña, la "marcha del río Kwai", pero con el texto "Pronto la reacción sabrá, cuándo termina de reinar, cuando el Dr. Allende a La Moneda llegue a gobernar..." El compañero Allende iba de ventana en ventana saludando.

Frente a la maestranza de San Bernardo habló por primera vez. Antes que él, Luis Corvalán hizo uso de la palabra. Lo anuncié diciendo: "Y ahora compa-

ñeros, va a quedar con ustedes, después de 10 años de lucha en la clandestinidad, de prisión y de lucha abnegada por la revolución, el Secretario General del Partido Comunista..." Se produjo gran júbilo. Creo que ya nadie me escuchó cuando dije "Luis Corvalán".

Salimos de la maestranza de San Bernardo y entramos al campo. Los labradores paraban un momento su trabajo para hacernos señas. Cuando llegamos a Rancagua salimos desfilando a una concentración en la plaza central de la ciudad. Ahí, Allende dirigió la palabra a los mineros del cobre de El Teniente. Les prometió que el cobre iba a ser chileno, que él iba a ir a Rancagua a firmar el decreto de nacionalización del cobre. Y 12 años más tarde, así lo hizo. Siendo Presidente firmó en la plaza de Rancagua el decreto de nacionalización del cobre. Después de la concentración volvimos desfilando hacia la estación y parecía que arrastrábamos al pueblo.

Fue tan grande la multitud que el tren no podía partir. Enorme fue mi sorpresa cuando ví entre la gente entusiasmada, al jefe del coche comedor y conductor. Este último me dijo que, en adelante, el tren partía cuando yo lo ordenara. Bastaron 80 kilómetros para ganarnos a estos dos hombres que habían llegado como nuestros contrincantes. De ahí yo fui para ellos el compañero Puccio y el hombre del coche comedor me confesó:

—"Vinimos a crear problemas. Pero he visto que ustedes tienen al pueblo. Yo soy hijo de campesinos y lo que le dije de los rotos, lo siento. Perdone por favor. Desde este momento el que manda en el coche es usted".

La zona de Rancagua es la despensa de Santiago, una zona muy hermosa, donde los pueblos están muy seguidos uno de otro. Salimos de ahí con la impresión de que el éxito del "Tren de la Victoria" iba a ser más grande de lo que nosotros habíamos imaginado. De Rancagua fuimos pasando por diferentes pueblitos.

Requínoa, Rosario, Rengo. En Rengo hay una fábrica de fósforos. Por este hecho viven ahí no solamente campesinos. Cuando llegamos, tenían como señal un enorme fósforo que al final terminaba en una hoguera. Salvador Allende habló desde el tren.

Habíamos acordado con los otros compañeros hacer turnos para hablar y fijamos los tiempos para los discursos. Yo tenía el encargo de tirarles la chaqueta a los oradores o de golpearles con el pie, cuando se acababa su tiempo. Un golpe significaba: falta medio minuto para terminar el discurso.

De Rengo pasamos a Pelequén, un pueblito de unos 500 habitantes. Ahí habló también el presidente del comando local, un campesino modesto con una educación seguramente autodidacta. Su discurso, dicho con un enorme esfuerzo, lo terminó con la siguiente frase: "No descansaremos hasta que el compañero Allende esté en el tálamo de los Presidentes de la República". Nos tentamos de risa, pero al compañero Allende no se le movió un músculo de la cara. Se acercó respetuosamente al orador y le agradeció con mucha emoción sus palabras. Le habló de tal manera que el compañero tenía que darse cuenta de su confusión y sentía, a pesar de esto, el respeto que Allende le tenía.

Luego fuimos pasando por diferentes poblados, donde queríamos detener el tren al retornar. La primera ciudad grande que visitamos después de Rancagua fue Curicó. Ahí empieza la zona vinera, y los habitantes nos prepararon una recepción realmente extraordinaria. Mientras hablaba Allende, me dí cuenta de que se acercó a una mujer. Era una campesina. No pudo decir qué edad tenía porque es muy difícil saber la edad de las mujeres campesinas. Su vida es tan dura y amarga, que casi ya maduran en la pubertad. Cuando el compañero Allende terminó de hablar, se le acercó y le besó la bastilla del pantalón. Allende, al darse cuenta, reaccionó violentamente y le dijo que no debía hacerlo. Mirado con ojos de político, aquello le parecía increíble.

De vuelta en el tren, Allende se sentó, se tomó la cara con las dos manos y nos dijo:

—"Compañeros, yo no soy un Mesías, ni quiero serlo. Yo quiero aparecer ante mi pueblo, ante mi gente como una posibilidad política. Quiero aparecer como un puente hacia el socialismo. Tenemos la responsabilidad de que eso no vuelva a ocurrir. Hay que golpear políticamente. Allende es un hombre militante de la revolución. Tenemos que hacer claridad política. No podemos llegar al gobierno, no podemos llegar a La Moneda con un pueblo que espera milagros. Tenemos que llegar a La Moneda con un pueblo que tenga conciencia. Tenemos que luchar hasta conseguirlo. Van a venir años duros, pues la construcción del socialismo no es una cosa fácil. Cambiar este país no es un asunto de horas. Y una mujer que besa los pantalones o intenta besarle los pies a uno, espera milagros que yo no puedo hacer, porque el milagro tendrá que hacerlo el pueblo y no yo".

Salvador Allende siempre se dirigió a la gente en forma individual y los discursos de sus campañas elec-

torales, analizándolos bien, más que discursos de agitación, son discursos didácticos. Siempre dijo:

—"Escuche compañero, entienda compañero, piense compañero, razone".

Iba señalando su política e iba enseñando las bases del marxismo y del socialismo. Sus discursos eran extensos. Duraban una hora o más.

Cerca de Concepción pasamos también por Lota y Coronel, los centros de minería del carbón en Chile. Creo que son las ciudades más horribles del país. Es una zona donde la miseria no se ve, se respira. No se ve el hambre, está en uno. Está ahí presente. Se siente, se palpa la miseria. La zona parece un cementerio. Los mineros visten de negro. Ahí hay el más alto índice de alcoholismo en Chile. El año de 1970, el 67% de los muertos fue por causa del alcoholismo. Era tan inicua la explotación, el año de 1958, que se hacía trabajar a los obreros muchas horas adicionales. Las jornadas eran de 10 a 12 horas. Les contaban el tiempo laboral solamente desde el momento que llegaba al lugar de la faena y no desde el momento en que entraban al mineral. En el interior de la mina tenían que caminar a veces una hora y media hasta llegar a su lugar de trabajo. El carbón está ahí aproximadamente a 500 metros bajo el mar, y los túneles tienen muchas veces una extensión de 3 o 4 kilómetros. Después del trabajo vuelven estos mineros a las chozas más miserables. Probablemente, para muchos, la única forma de soportar su vida triste es estar borrachos.

Cuando llegamos con el "Tren de la Victoria", nos esperaban los mineros. Fue al atardecer. Formaron una larga fila con sus cascos y sus lámparas en la mano. Los hombres hicieron traslucir su combatividad. Desde niños habían luchado por su vida. Durante años, aún en las épocas de regímenes reaccionarios, muchos mineros de esta zona votaron por nosotros. Al compañero Allende le colocaron ahora un casco de minero y marchamos hacia los minerales. La concentración se hizo en la entrada de uno de los piques. Prometió a los obreros que el carbón iba a ser de ellos, que había que convertirlo en una parte importante dentro de la economía nacional. Y cumplió su promesa.

Seguimos viajando hacia el sur y llegamos a Valdivia. Hacia bastante tiempo que yo no iba a Valdivia a pesar de que estaba ahí de jefe de investigaciones un pariente mío. Recorrí Valdivia en su coche de servicio. Por intermedio de la radio del auto íbamos escuchando en qué momento iba a hablar Allende para volvernos puntualmente al teatro, el lugar de la manifestación. Cuando llegué, Allende me preguntó que había hecho tanto rato, dijo:

—"¡Usted andaba en un auto de investigaciones y no sabe qué pasó!".

En Osorno habían cometido un atentado contra Alessandri. Me dijo que tratara de reunir tan pronto como fuera posible todos los antecedentes al respecto. El comando de Alessandri declaró que fuerzas extremistas del FRAP habían echado ácido a la cara del candidato con el objeto de dejarlo ciego; que sólo

habían herido la cara de Alessandri; y que este ácido había caído en el rostro de un muchacho. La prensa y la radio de la burguesía informaron con gran fanfarria sobre este hecho. El día siguiente teníamos programado viajar con nuestro tren a Osorno. Allende insistió en no cambiar la ruta de ningún modo.

Llegamos a Osorno y vimos la estación vacía. Inmediatamente apareció una nube de carabineros. Se me acercó un coronel y me dijo que venía con orden de darle custodia policial al candidato. Yo se lo comuniqué al doctor.

Él contestó que no iba a bajarse del tren con custodia policial:

—“¡Si yo me tengo que cuidar del pueblo, no merezco ser Presidente de Chile!”.

Exigió que el coronel retirara la tropa. Transmití esta respuesta. Pero el carabiniere dijo que no podía retirar su tropa, salvo que el Senador Allende le diera un documento de su puño y letra declarando que se responsabilizaba plenamente de todo lo que pudiera pasar. Allende me dictó el documento respectivo, que entregué al oficial, y éste desapareció con los carabineros. Hasta la policía de tránsito se retiró.

Desde la estación marchamos al centro de la ciudad. De ahí queríamos seguir hasta el estadio, donde iba a hablar Allende. El doctor y los compañeros dirigentes marcharon a la cabeza del grupo. Yo venía inmediatamente detrás de Allende. Poco antes de llegar a la gobernación me dijo que quería ver pasar el desfile. Nos paramos frente a una escalinata y el compañero subió con su comitiva. Luego pasó la gente. Había pasado el desfile una cuadra más o menos, cuando el compañero Allende empezó a marchar solo, detrás. La gente a los dos lados de la calle era bastante hostil. Nuestra gente marchaba toda en el desfile.

En una bocacalle vi unos 150 jóvenes, típicos hijos de dueños de fundo de la zona, ellos, rubios, buenas figuras y caras de alemanes. Estaban parados en una actitud provocadora esperando la pasada de Allende. Cuando faltaban unos 50 metros para llegar donde estaban ellos, se separaron un poco como preparándose a agredir. Allende venía saludando a la gente que no era mucha. Esta devolvía su saludo. Después vio a los jóvenes e hizo algo muy insólito. Empezó a caminar directamente hacia ellos, haciéndome señas con la mano de que no lo siguiera. A ellos se les produjo como una paralización. Cuando Allende se había acercado a unos tres metros hubo algunos aplausos, muy suaves y con desgano. Más se golpeaban las manos que aplaudían. Totalmente solo, solamente con su personalidad y su valor, Allende los había derrotado.



Nadie se atrevió a agredirlo, a pesar de que eran 100 contra uno.

En Puerto Montt se nos había invitado para después de la concentración a una comida que daban los dirigentes locales. Esa es la zona en que se producen muchas ostras. Nos recibieron con esta golosina que en Santiago y en el mundo entero es muy cara. El compañero Allende bromeaba con el dueño del vivero acerca de que su único compromiso iba a ser mandar, de cuando en cuando, algunas ostras al compañero Presidente. Había al lado de este señor un muchacho de unos 14 años. Allende estuvo conversando con él y el muchacho muy tranquilamente le dijo que no estaba con la candidatura de Allende, que a él le gustaba más

Alessandri. El doctor lo miró y le dijo que le respetaba su opinión, pero que primero leyera y viviera un poco más. Con el tiempo iban a conversar de nuevo.

Pasaron después de esto más de 12 años. Estábamos en La Moneda, cuando nos avisaron un día que se había recibido una encomienda para el compañero Allende. Era una caja de ostras acompañada de la siguiente carta: "Señor Allende, mi padre murió, pero yo quiero cumplir con su compromiso. Ahí están las ostras que mi padre le ofreció cuando usted fuera Presidente. No soy militante del Partido Socialista, pero sí voté por usted, porque leyendo y estudiando, me convencí de que usted tenía la razón".

Salimos de Puerto Montt, después de haber recorrido ya 1,000 kilómetros. De vuelta hacia Santiago, nos quedaba aproximadamente otro tanto. Según nuestro horario, ya llevábamos 10 horas de retraso. Por lo tanto, Allende me ordenó reestudiar la ruta de vuelta y alargar la gira por un día. En muchas partes, el tren tenía que pararse en forma imprevista, porque la gente se tendía en la línea. El compañero Allende tenía que bajarse, saludarlos y hablarles. La gente venía de los cerros y esperaba a lo largo de la línea del tren. En la noche hacían grandes hogueras.

La vuelta se hizo con el mismo entusiasmo que la ida. En los 11 días Allende había dicho 147 discursos. Si calculamos solamente media hora por discurso —en la mayoría de los casos era más— había hablado más de tres días y noches. Para eso se necesita tener gran capacidad física e intelectual. Yo llegué muerto de cansancio a Santiago. El doctor, en cambio, venía absolutamente fresco.

Me bajé del tren con el megáfono y dije a la gente que abriera camino, porque iba a bajar el compañero Allende. No se movía nadie, en absoluto, de su lugar. De repente, apareció Allende. Yo traté de avanzar para abrir camino, cuando me pescó una avalancha, apretándose contra el tren. En esto me quedó puesto en la boca el micrófono y no me lo pude sacar, pues la presión de la multitud me inmovilizó. Al final nadie supo cómo el compañero Allende llegó a la cabeza del desfile. Con otros políticos empezó a marchar. Yo me fui, agotado, a casa. El doctor marchó desde Estación Central hasta la Plaza Bulnes, una distancia de más o me-

nos 25 cuadras. Ahí pronunció un discurso —el 148o.— y después se fue con sus acompañantes a una comida.

A la mañana siguiente, alguien me despertó cerca de las 7:00 horas. Era Allende. Me venía a buscar para que fuéramos a un acto en Talca.

No fui capaz de levantarme. Entonces partió él sólo, participó en la concentración y pasó en la noche de nuevo a verme, según dijo, esta vez en calidad de médico. La vitalidad de Allende me parecía casi anormal. Tenía 50 años. Según decía él, el cuerpo obedece a las instrucciones del cerebro; uno puede ordenarle a su cuerpo lo que el cerebro quiere. Es cuestión de tener la voluntad de hacerlo.

Con todo ese entusiasmo hay que preguntarse hoy día por qué no ganamos esa elección de 1958.

Nos dimos cuenta de qué iba a pasar, cuando en una concentración Allende hizo una curiosa encuesta. Pidió a los compañeros que levantarán la mano los que tenían derecho a voto. Fue alarmante ver que era solo cerca del 30 por ciento. En algunos poblados, cuatro personas de cinco no podían votar por el hecho de no saber leer ni escribir. No tenían derecho a voto.

En algunas provincias pasaba lo siguiente: cuando iban los compañeros a inscribirse al registro electoral, funcionarios públicos les pasaban a los campesinos un ejemplar de la ley electoral y les decían que leyeran en voz alta. Si el hombre tenía cualquier problema al leer, le decía el funcionario: "Pero hombre, usted no sabe leer. Mire, escriba ahí: Yo me llamo fulano de tal y soy trabajador de tal parte". Le dictaba rápidamente. El campesino empezaba a dibujar lo que escribía. De inmediato el funcionario, en forma humillante, le decía que no sabía escribir, que era un ignorante y que se fuera. Por no pasar por este bochorno, mucha gente sencillamente no iba a inscribirse en el registro electoral, hasta una década antes de nuestro viaje con el "Tren de la Victoria", Sólo votaban los hombres, las mujeres no tenían derecho a voto. Era indispensable modificar nuevamente la ley, lo que se hizo durante el régimen nuestro. Sólo entonces se les dio derecho a voto a todos los que habían cumplido 18 años y a los analfabetos. Alessandri ganó la elección, porque tuvimos que enfrentarla bajo las condiciones de la ley anterior.